



"El Contribuyente, las Instituciones y el Crecimiento Económico"

James Buchanan

Permítanme decirles ante todos que me disculpo por tener que dirigirles la palabra en mi propio idioma y no en el idioma de ustedes. Aprecio mucho esta oportunidad de visitar la ciudad de Rosario, y en ella a muchos de mis amigos, quienes han posibilitado mi visita bajo los auspicios de esta Fundación. Permítanme comenzar mi trabajo con una breve presentación. Lo que voy a exponer es mi propia evaluación de lo que podemos llamar la política fiscal de los Estados Unidos a fin de siglo.

En relación a los desarrollos históricos en mi propio país, pienso que estas implicaciones también se ven en otros países, y que a su vez parte de la discusión se puede aplicar a la República Argentina. Pero les prevengo que tal vez soy demasiado arriesgado en este tema por lo tanto no puedo hacer un análisis directo. Voy a decir entonces que tal vez esto pueda no ser adecuado, porque el título de mi trabajo es: "El Contribuyente, las Instituciones y el Crecimiento Económico". Y lo que he visto en los pocos días que estoy visitando el país es que los contribuyentes realmente no son tan apáticos en la Argentina. Vamos a hablar un poquito más al respecto. Pero una de las principales diferencias entre las políticas fiscales a fines de los años 70 y al comienzo de los 80, veinte años atrás; y hoy, al fin de los años 90, se centra en lo que llamamos la temperatura de los contribuyentes, que podemos llamar incluso la temperatura de los ciudadanos en general. A medida que se enfrentaban las cargas impositivas que tienen ya niveles históricos récord al fin de los años 70, en casi todas partes fueron años de sublevación de los contribuyentes, con difundidas expresiones de enojo, indignación,

producidas por el apetito fiscal de las autoridades codiciosas en casi todos los niveles de gobierno. Pero si analizamos la situación veremos que las cargas impositivas están tan altas hoy como parte del producto nacional como hace dos décadas.

Aun así, en lugar de levantamientos en las masas de revolución, hoy observamos a los contribuyentes en términos generales en un cierto estado de apatía. Parecen estar dispuestos a continuar con la pesada carga del sistema tributario actual e incluso, a veces, a tolerar los aumentos enlazados directamente con iniciativas que incluyen gastos destinados a ganar apoyo público.

Entonces la primera pregunta es: ¿Por qué esta diferencia tan importante en la actitud de los contribuyentes? La respuesta es directa: los contribuyentes no estaban satisfechos al fin de los años setenta y comienzos de los ochenta, porque reconocían que sus ingresos reales efectivos se veían reducidos a la par que aumentaba la carga tributaria. Este pedido demostró en aquel momento, estancamiento en el crecimiento real junto con la presencia de inflación. Los contribuyentes fueron incitados a tomar un curso de acción con las consecuencias previsibles. Y algunas experiencias fueron comunes en diferentes países.

Los políticos respondieron con otras palabras: primero a través de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, Ronald Reagan en los Estados Unidos, Roger Douglas en Nueva Zelanda; y aunque se lo relacione en cierta forma diferente a través de los Chicago Bulls en Chile, y posteriormente, con líderes que emergieron en países sudamericanos y europeos. No pienso que sea una burda exageración sugerir que muchos de estos cambios fueron producidos fuera de la

Revolución Tributaria de los años setenta y comienzos de los ochenta. Cambios que fueron mucho más allá de los efectos sobre las variables fiscales. Pienso que debemos recordar que todo esto aconteció mucho antes de tener siquiera una leve insinuación sobre el colapso de la Unión Soviética.

Juzgada desde la perspectiva del fin de los años noventa, a fin de siglo, la sublevación tributaria específicamente fracasó y fracasó porque las cargas tributarias como se mencionaba, se mantuvieron y han retornado a niveles comparables con aquellos que dispararon la reacción previa. La actitud de los contribuyentes al fin de los años ochenta es diferente sin embargo, debido a las grandes diferencias en el medio económico subyacente. En la actualidad los contribuyentes permanecen aquiescentes porque la carga impositiva que sufren tiene lugar para un período de verdadero crecimiento de los ingresos con una inflación relativamente baja. Dentro de este marco, entonces, un fisco siempre explotador puede extraer una participación incrementada del producto nacional, sin provocar reacciones mayores. Esto es, sin costo político importante pero al actuar así un fisco demasiado codicioso, puede asegurarse a sí mismo su propio fallecimiento, ahogando el mismo crecimiento del cual se alimenta.

Algo paradójal: las reformas económicas generales establecidas por la sublevación tributaria anterior pueden, por lo menos de modo indirecto, haber generado el real crecimiento que a su vez ha sido causa del surgimiento de este último fracaso. Entonces, ¿fue eliminable este patrón de sucesos que observamos durante estos últimos veinte años? Las instituciones a través de las cuales se produjeron estos patrones son por sí mismas variables y están sujetas al desarrollo evolutivo y a la reforma dirigida en forma explícita. Pero las respuestas políticas a las presiones

electorales, que ocurren a través de cambios de política dentro de las estructuras institucionales sin cambios, concomitantes en las instituciones que están implementándose a sí mismas, pueden verse rebasadas por la realimentación entre la dinámica de los cambios exógenos y la estructura institucional. Una genuina reforma institucional requiere la presencia de empresarios innovadores, políticos que puedan usar los instrumentos de preferencia de los electores para introducir no solo cambios en los modelos de las políticas a corto plazo sino también cambios en las estructuras que generan tales modelos a través del tiempo y bajo condiciones cambiantes. Con respecto a esto último, los políticos que respondieron a la federación tributaria simplemente no lograron aprovechar la oportunidad.

Entonces, ante todo vamos a hablar de algo que yo llamo "Políticas simplistas". Tenemos que modelar la política tal cual es y no como nos gustaría que realmente fuera. Entonces, en este sentido, hemos tenido una falencia durante siglos, y como economistas debemos desprendernos del prejuicio analítico que nos une a la suposición del equilibrio. Un prejuicio que es útil en muchos entornos, pero que puede ser engañoso en otros.

La política como la observamos no se encuentra nunca en un estado de equilibrio. Un equilibrio que no describe en forma adecuada a aquello que los políticos buscan hacer realidad, alcanzar. En el mejor de los casos podríamos pensar en un camino comprimido, un corredor más allá del cual la política no podría deambular, permitiéndonos así hacer por lo menos algunas predicciones generales acerca de los límites. Y en forma casi independiente de las características particulares de cualquier modelo utilizado que pudiéramos usar la política tiende a explotar la fuente de ingresos que está a su disposición, cualquiera sea.



Esta convicción fue la motivación del libro que escribí en conjunto con Geoffrey Brennan, y este tema fue lo que nos inspiró para llamar a este libro "El poder de imponer contribuciones, de grabar con impuestos de pago total". En el momento de la sublevación tributaria en aquel entonces, el sentimiento público transmitió a la percepción que los límites institucionales sobre el gravamen impuesto y apetencia de gastos de los gobiernos estaban perdiendo eficiencia y que las aparentemente insaciables demandas de gastos públicos especiales estaban ya invadiendo el espacio privado. En particular, la inflación, combinada con la tasa de progresiones de las estructuras tributarias, permitía que la participación fiscal en el valor total del producto aumentara en términos relativos y absolutos.

Entonces, las reacciones políticas observadas en la sublevación tributaria ya mencionada, hicieron poco más que lo correcto debido al cebo generado para la inflación per se. Esta reforma fue importante, pero los años noventa se han caracterizado no por la inflación sino por el real crecimiento dentro de las economías nacionales. Y los cambios impositivos destinados a protegernos contra la inflación, no hicieron nada, o muy poco, para protegernos contra el crecimiento de los ingresos para impedir el aumento de dicho crecimiento en forma relativa o absoluta en un entorno de verdadero crecimiento económico. El verdadero y sorprendente y sustentable crecimiento en los valores del producto nacional ha permitido que la captura fiscal se aumente pero sin una correspondiente reducción en el ingreso posttributación de los contribuyentes. En este sentido, los contribuyentes han consentido y han permitido que el sistema fiscal crezca en forma desproporcionada, siempre que los niveles absolutos algo mayores de los ingresos netos queden a disposición personal, de las personas. Los partidos políticos

y los líderes que avanzan en los planes de reducción de la tributación parecen encontrar poca recepción por parte del público, por lo menos en los Estados Unidos.

Ahora, entonces, voy a ilustrar en términos muy simples este aspecto: piensen en una persona cuyo ingreso real permanece sin cambio, digamos durante una década. Un período de diez años sin cambios en el ingreso. Pensemos, por ejemplo, que este ingreso corresponde por ejemplo a cien dólares, y pongamos que tenemos un gravamen de treinta dólares. Pero supongamos ahora que durante esta década no se presentan cambios en el ingreso nominal. Hay inflación y hay un ingreso nominal que sí asciende a doscientos, pero debido a la progresión de la tasa, los impuestos aumentan de treinta dólares a ochenta dólares. Los ingresos netos al fin del período suman ciento veinte dólares, lo cual suma un valor real inferior al de los setenta dólares recibidos al inicio. Antes del período de inflación que duplicó los ingresos y los precios. No debemos sorprendernos, entonces, por los alaridos de protesta que todas estas personas producirían en tal situación.

En contraste, consideremos un ámbito donde no haya inflación. Nuevamente: diez años, pero donde los ingresos reales se duplican e, igual que antes, el ingreso real inicial para la persona es de cien dólares. Es decir, con un impuesto de treinta dólares y un ingreso neto de setenta dólares. A medida que los ingresos se duplican durante el período, el ingreso por tributación aumenta a doscientos dólares. Y ahora nuevamente debido a la reducción de la tasa, supongamos que los impuestos aumentan a ochenta dólares. El ingreso neto de la persona aumenta a ciento veinte dólares en valor real. Aumenta en valor real, a pesar de que la participación del gobierno en el producto total se vió incrementada de un treinta por ciento a un cuarenta por ciento. Observando desde esta perspectiva aritmética

tan simple, no debería sorprendernos que hubiera una resistencia relativamente pequeña por parte del contribuyente, por lo menos en comparación con el medio esbozado anteriormente.

Entonces, en tanto y en cuanto las instituciones locales operen para asegurar que las personas puedan mantener incluso una participación pequeña en el verdadero crecimiento económico, la evidencia empírica a fin de los años noventa sugiere que el medio tal fiscal puede prosperar enormemente.

La semana pasada vi información sobre los patrones de gastos en los Estados Unidos en los estados, no a nivel nacional, sino a nivel de los estados y el gasto per cápita en cada estado de los Estados Unidos en los años 90 ha aumentado, ha duplicado dos veces a la tasa de inflación. Este ejemplo aritmético es también útil para la suposición subyacente de que las decisiones fiscales no se toman en forma continuada, ajustándose a las condiciones de dichos cambios.

Una de las razones primarias por la cual es el modelo del Leviatán sobre el fisco que maximiza los ingresos fiscales parece exacto en forma empírica, y esto es que el ingreso institucional en mayor o menor grado garantiza el crecimiento al agregar la participación impositiva ya que la economía, cuando se la mire crecer a través del tiempo las personas como constituyentes de los contribuyentes y a través de sus agentes políticos, permite que las estructuras tributarias no sean modificadas a medida que cambian las circunstancias económicas. Y estas estructuras generan resultados que nunca podrían haber sido proyectados por coalición política alguna.

En otras palabras, no hay necesidad alguna de tener exigencias de ningún fisco monolítico proyectado por coalición política alguna. Pero si las exigencias institucionales

arrojan una participación aumentada del valor nacional y la forma de ingreso tributario, las apetencias insaciables de gastos seguramente estarán en una posición aventajada dentro de cualquier complejo proceso de decisiones políticas.

Ahora vamos a hablar un poco acerca del déficit como válvula de escape. Una de las principales razones para el fracaso en la primera sublevación impositiva residió en las apetencias de gastos que nunca fueron contenidos, a pesar de los límites impuestos en las tasas impositivas. Los lechoncitos nunca fueron destetados, para decirlo así. El gasto para responder a los requerimientos dictados por las políticas fueron financiados en muchas jurisdicciones a través de medios impositivos de generación de ingresos. Específicamente, a través del préstamo público, la creación de deuda pública. A través de déficit. En efecto, la primera sublevación impositiva produjo su efecto primario en la dimensión de los déficit presupuestarios, y no tanto sobre la dimensión de presupuesto de gasto público. La ruptura institucional en este sentido proviene del fracaso en la implementación de cualquier requerimiento constitucional para un equilibrio presupuestario. Si una reforma, constitucional en este sentido se hubiera introducido a comienzo de los ochenta, cuando varias iniciativas privadas fueron enviadas y cuando el clima político podría haber sido receptivo en mi país, entonces las reducciones en las tasas de crecimiento de los gastos hubieran sido implementadas. Los lechoncitos, o al menos algunos de ellos, podrían haber sido destetados.

Esta experiencia fiscal de los años ochenta ilustra las fuerzas de las apetencias de gastos. Pero también sugiere cómo los déficit pueden ofrecer cobertura institucional para encubrir los efectos de los ingresos del crecimiento económico. A medida que los ingresos en los



años noventa se incrementan en forma desproporcionada, como he dicho, la reducción del déficit, que incluso incluía la mención del retiro de la deuda, ofreció una puerta abierta de fácil acceso para uso de los ingresos, encubriendo de este modo los efectos impositivos de crecimiento y atenuando cualquier presión incipiente hacia una reducción en las tasas impositivas.

Bueno, ya hemos especulado acerca de lo que podría haber sucedido, si el crecimiento verdadero de la década del noventa hubiera ocurrido sin los déficit acumulados de los ochenta. Si el déficit hubiese tendido a reducirse y hubiese sido menor la deuda pública pendiente, las implicancias impositivas del crecimiento real hubieran sido mucho más claras. Dada la estructura del sistema impositivo, la creciente participación en el valor determinado por las tributaciones hubiera estado a la vista de todos nosotros. Posiblemente habría surgido una renovada sublevación impositiva pero las expresiones "podrían haber sido" son alocadas, y el hecho elemental es que a las personas que tienen un mayor ingreso neto no se las visualiza objetando las exigencias tributarias del Leviatán.

Tenemos que fijarnos cuáles son las fuentes de crecimiento económico. ¿Pueden las fuentes concretas del crecimiento económico presenciado en los 90 afectar el cambio en la actitud de los contribuyentes esbozado con anterioridad? ¿Los diversos orígenes de este crecimiento podrían haber disparado diversas reacciones por parte de los contribuyentes? Las fuentes de este crecimiento económico son múltiples y parece no haber necesidad de asignar una ponderación relativa a cada elemento. El fin de la guerra fría podría obviamente, aparte de la reducción consecuente en la demanda de desembolsos para seguridad, haber contribuido al optimismo general de la década del 90 y no

podríamos negar la globalización de la economía mundial, con la facilitación de una mayor especialización tal como se refleja particularmente en el tardío pero hoy importante impacto sobre la productividad, forzado por la evolución en las telecomunicaciones. En algunos aspectos es como si la tecnología hubiera determinado absolutamente todo, pero no podemos negar el logro de algún consenso profesional sobre la gestión del total monetario nacional a través de la Banca central. Un consenso que siguió a las instituciones keynesianas sobre fines del siglo. La combinación de estas y otras fuentes ha permitido que las economías nacionales del mundo, separadas pero cada vez más integradas, crezcan de manera sostenida durante toda esta década. Año tras año, un mayor conjunto de productos y servicios ingresa al mercado, respondiendo de este modo a demandas, incluidas a aquellas que surgen de la tarea política. Es decir, de las estructuras gubernamentales. Pero las estructuras tributarias actúan en forma desproporcionada en respuesta a estas demandas colectivas. Los lechoncitos, dentro del bebedero presupuestario se aseguran participaciones cada vez mayores dentro del flujo total de estos productos. Pero tenemos que acordarnos de los lazos de realimentación. Antes de tratar de predecir si el crecimiento económico puede o no ser sujetado dentro y durante la primera década del nuevo siglo, debemos nuevamente examinar las fuentes.

La inclusión en la historia y la finalización de la guerra fría deben ejercer gradualmente una menor influencia sobre la realidad económica, y esto a lo mejor va a revertirse a medida que nosotros empecemos a luchar contra pequeñas guerras. Las lecciones poskeynesianas de gestión monetarias deben permanecer una vez aprendidas en su lugar por un tiempo, aunque algunos políticos

entrometidos continúen exhibiendo panaceas.

Sin embargo un lazo de realimentación de importancia puede estar presente dentro de la fuente de crecimiento resumida bajo el término globalización. Lo que parece estar abriendo su camino es el principio central de Adam Smith respecto del efecto que la división del trabajo sufre las limitaciones al alcance al mercado y mientras el nexo afectivo del mercado se expande, la especialización en aumento permite que las economías crezcan en todo sentido. Pero claramente el mercado no puede crecer si la colectiva participación en los reclamos de bienes y servicios continúa aumentando de manera desproporcionada.

Un menor grado de especialización en lugar de un mayor grado de especialización debe acompañar a las disminuciones en la división relativa del sector privado. Las tasas de innovación surgen de las acciones y deben desacelerarse mientras la relativa dimensión del sector público se expanda a la del sector privado. Si nosotros reconocemos este punto elemental en el producto que se produce, se desprende que las instituciones tributarias generan en su propio lugar una participación que se siente fuera del mercado, en el producto que se produce. Por lo tanto tiene que haber una tasa en disminución de crecimiento total.

Un crecimiento que en principio recibió su ímpetu parcialmente a través de la misma extensión de la dimensión del mercado que las estructuras tributarias tratan de limitar. Y los pocos líderes políticos proponen que solamente a través de la reducción de la carga impositiva, y con esto una dimensión relativa del sector público, se puede continuar con las tasas de crecimiento económico total, presenciada durante la década.

Como he sugerido anteriormente, la lógica

de esta posición es inatacable. Noten que los efectos descriptos no dependen del impacto de tasas impositivas más altas sobre los incentivos conductuales. También sabemos que la política no se inclina al argumento lógico, excepto en contadas oportunidades.

La política democrática responde, en especial, a lo real, o a las preferencias imaginadas de los electores, y parece no haber evidencia de que los grupos diferentes, los lechoncitos en el bebedero del gasto público, estén dispuestos a sacrificar sus intereses diferentes en aras del bien público general. ¿Y dónde está la protesta del contribuyente en general, que debería reflejar la respuesta a las iniciativas de reducir los impuestos? Incluso aquellos pocos líderes políticos, por ejemplo algunos de los republicanos de Estados Unidos. Aun estos pocos líderes políticos que piden una reducción en la tasa impositiva actual parecen estar demasiado ocupados con los resultados inmediatos, en lugar de estar preocupados en la reforma institucional constitucional permanente.

Si la inercia institucional actúa de tal forma que genera una verdadera carga impositiva, aumentando en el tiempo, una reforma general y genuina debe actuar en forma directa sobre la estructura, más que sobre los espasmódicos ajustes en la tasa impositiva. La estructura impositiva debe indexarse de algún modo contra los efectos del verdadero crecimiento económico, del mismo modo que se ha indexado contra el crecimiento nominal de la inflación.

Un medio para lograr tal protección estructural contra la participación fiscal automática, generada por el crecimiento innovador del producto, sería introducir un único impuesto o una tasa plana sobre todo ingreso o gasto. Y además este esquema tendría que incluir toda la base sin porción mínima o extensión de impuestos. Cualquier estructura que contenga elementos



previsivos en sus bajas, aumentará con el crecimiento económico y en forma desproporcionada los ingresos totales, desplazando la participación del sector público hacia aquel representado por la máxima tasa impositiva.

Ahora voy a darles una opinión retrospectiva e introspectiva sobre el tema. El argumento presentado hasta ahora es tal vez indebidamente pesimista, en cuanto a su perspectiva. Pero cuando analizamos este tema de forma retrospectiva, en las dos décadas que nos precedieron, no podemos dejar de notar el marcado progreso en muchas de las áreas que son relevantes para el bienestar de los ciudadanos comunes.

La inflación en casi todo lugar del mundo ha sido domesticada y ya no les ofrecemos a los gobiernos avenidas para un excesivo crecimiento en los ingresos. La confianza en la gestión monetaria ha sido, al menos, parcialmente restaurada debido a la dependencia en aumento de los mercados financieros mundiales, de la estabilidad relativa del dólar norteamericano, generado por un Banco Central responsable. Los déficit fiscales se han reducido, e incluso han sido eliminados en gran parte debido al potencial de generar ingresos de crecimiento económico por sí mismo. No debemos subvaluar estos avances genuinos dentro del ámbito socioeconómico. Y algunos de estos avances van a tener un impacto duradero, pero tampoco debemos volvernos complacientes. Es decir, reconocer, a medida que tratamos de proyectar nuestra visión hacia el nuevo siglo nuestros fracasos y la vulnerabilidad continúa por shocks inesperados, incluyendo los cambios en las actitudes públicas a medida que tratamos de proyectar nuestra visión hacia el nuevo siglo. Nuestros políticos continúan respondiendo a las presiones en lugar de a nuestras ideas y es que a fin de siglo estas presiones están

dominadas por la mentalidad de los tiempos del aquí y ahora. Los esfuerzos deben ser similares a los de los soldados que defienden a su territorio. Esto será necesario para lograr cualquier cambio genuino en la actitud y en la opinión pública. Quizás tenemos que atravesar la madurez de la generación de los años setenta, aquellos que ahora pertenecen a la Era de Acuario antes de comenzar a pensar en término de la talla de impuestos menores, antes que una perspectiva a largo plazo sobre un camino institucional pueda convertirse en una realidad política. El desafío nos confronta a todos a través de todos los países en el orden mundial. Entonces tenemos que formular una pregunta: ¿Es posible esperar con realismo que un conjunto de genuinas actitudes del electorado nos brinde información sobre el pensamiento del nuevo siglo? ¿Nuestras instituciones, descritas de diversas maneras bajo los términos globales tales como democracia en los mercados, podrán sobrevivir a la posible turbulencia que pueda ocurrir de manera impredecible, puede ocurrir en todo momento y en cualquier lugar antes de lograr la requerida transición de actitudes? Estas son las preguntas que les dejo como mensaje.

Confucio decía: "El hombre que no tiene un panorama en un tiempo futuro, tendrá problemas en un tiempo cercano".

Muchísimas gracias.

(*) James Buchanan, Premio Nobel de Economía en 1986 por sus estudios sobre la Escuela del "Public Choice". Conferencia dictada el 7 de junio de 1999 en Rosario.



Lecturas

"El Contribuyente, las Instituciones y el Crecimiento Económico"

La Fundación Libertad, con sede central en Rosario, es una entidad privada sin fines de lucro cuyo objetivo es la investigación y difusión de cuestiones socioeconómicas y la promoción de la economía de mercado y de la libertad en el contexto de las relaciones sociales. Fundada en 1987 por un grupo de empresarios, economistas e intelectuales, desarrolla diversos programas, entre los que pueden mencionarse:

ACTIVIDADES PUBLICAS

Anualmente, la Fundación Libertad organiza alrededor de ciento veinte conferencias, seminarios y cursos en Rosario y el resto del país. Convoca cada año a ciento ochenta expositores del país y del exterior para estos eventos. Entre las destacadísimas figuras que nos han acompañado cabe mencionar a Mario Vargas Llosa, los Premios Nobel de Economía Gary Becker, Douglass North, James Mirlees, John Harsanyi y Robert Lucas, Lech Walesa, Ruth Richardson, Michael Novack, Hernán Buchi, Steve Hanke, Guy Sorman, Geoffrey Brennan, Vladimir Bukovsky, Arthur Laffer y otros.

INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

La Fundación Libertad creó un Instituto de Estudios Económicos destinado a investigar la realidad económica regional. Mediante un acuerdo con FIEL, este Instituto realiza una Encuesta de Coyuntura Económica y un permanente relevamiento sobre la marcha de cuentas públicas en la Provincia de Santa Fe y sus principales municipios, como también distintos estudios sobre la economía de la región Rosario, su competitividad y perspectivas.

AUTORIDADES

El Consejo de Administración está formado por Rogelio Pontón (Presidente), Fabiana Suárez (Secretaria), Marcelo Fernández (Tesorero), Daniel Pereyra, Juan C. Cahanosky, Angel Tirelli y Eugenio Giolito (Vocales).

El Staff está compuesto por Gerardo Bongiovanni (Director), Daniel Maggiolo (Relaciones Institucionales), Salvador Di Stéfano (Investigaciones), Marcos Fasciano (Cursos y Conferencias).

El Departamento de Economía es coordinado por el Dr. Antonio Margariti y el de Asuntos Jurídicos por el Dr. Hernán Raciatti.

EMPRESAS AUSPICIANTES

Aca Salud, ACEL Hidrovía, Acindar, Acto Médico, Administración Fomasier, A.F.A., Aguas Provinciales de Santa Fe, Aldea Construcciones, Ambito Financiero, AMEN, Amoblamientos Reno, AMR Salud, Argentar, Asociación de Clínicas y Sanatorios, Asoc. Mutual Ens. Nacional, Atlas Economic Research Foundation, ELC Ingeniería S.A., Banca Nazionale del Lavoro, Banco Bisel, Banco Comercial Israelita, Banco Francés del Río de la Plata, Banco de Galicia y Buenos Aires, BankBoston, Banco del Suquia, Banco Hipotecario Nacional, Banco Mariva, Banco Municipal de Rosario, HSB Banco Roberts, Banco Velox, Banchio Propiedades, Barrili S.A, Bassi S.A, Bellloc, Beneficio, Bisel Empresa de Servicios Bancarios, Bolsa de Comercio de Rosario, Bondone Carlos Alberto, Borgonovo Publicidad, Borsellino Impresos, Caja de Ingenieros, Caja Forense, Cargill, Cámara de Agentes de Bolsa, Carrefour, Centro Médico IPAM, Cimental, Citydata, Citynet, Clima Compañía Financiera, Clínica de Tomografía Computada, Clorox Argentina, Club San Jorge, Comercializadora Servicios del Litoral, Confiar, Consejo Profesional de Ciencias Económicas, Cooperación Mutual Patronal, Diagnos, Diario La Capital, Dic, Dow Química, Ducado, Ecco, El Cronista, Embotelladora Santa Fe, ENAPRO, Estudio Técnico Empresario, FA-CA, Falabella, Federación Gremial del Comercio e Industria, Fernando Terré, Foro Latinoamericano, Francovich S.A, Frigorífico Paladini, Frimetal, Full Medicine, Fundación América, Fundación Acindar, Fundación Bank Boston, Fundación Francisco Marroquín, Fundación Laminfer, Fundación Banco Independencia, Fundación Banco de los Arroyos, Fundación Coinag, Frigorífico Paladini, General Motors de Argentina, General Paz Seguros S.A., Grimaldi-Grassi, Hemodinamia Rosario, Hipermercado Tigre, Hiperolivia, Grupo Orion, Homigonera Luraschi, Hospital Italiano Garibaldi, Imagen Photo Express, IMCA Y PER, Industrias John Deere, Industrias Gráficas Paganí, Ing. Amuth, Ing. Pellegrinet, ING Insurance, Instituto de Cardiología de Rosario Instituto Médico Regional, Instituto Gamma, Italmedic, Laboratorios Wiener, La Buenos Aires, La Buenos Aires New York Life, La Unión Berkley, Laminfer, La Nación, La Reina, La Rossa, La Segunda ART, La Segunda Coop. de Seguros, La Virginia, Litoral Gas, Martín Coppa, Mastellone Hnos., Máxima AFJP, Máximo Bauducco, Medicus, Molinos Río de la Plata, Mutual de Asociados Cooperación Mutual Navarro, Nuevo Central Argentino, Obra Social Aceros Paraná, OM SRL, Optica Marani, Orígenes, OSDE, O valle Viajes, Perosino Galvanoplastia, Play Publicidad, Previnca, Price Waterhouse, Primordial, Quality TV, Quickfood, Rader S.A. de Radiodifusión, Refinerías San Lorenzo, Riol Margariti y Asoc., Rosario Refrescos, Rosetti, Rovial, Santa Silvina, Sanatorio Americano, Sanatorio Camí, Sanatorio Delta, Sanatorio de la Mujer, Sanatorio Parque, Sanatorio Mapaci, Sanatorio Plaza, Sanatorio Neuropático, Sanatorio Río, Sanatorio Rivadavia, San Cristóbal Seguros, San Nicolás Seguros, Santa Silvina, Segurometal, Servicios Viale, Sienbra AFJP, Sidersa, Semproma, Solpetróleo, Soema, Sugarosa, Telecom Personal, Telcoop, Terapia, Telecontacto, Terminal 6, Tower Informática, Transatlántica, Transdatos, Transportes 9 de Julio, Unione e Benevolenza, Verónica, Versalles Alimentos Congelados, Vicentín, Voces SA, Wembley.